

bación y apoyo para una cobardía. De modo que Gaona y Rincón por haber firmado la capitulación indecorosa de Ulúa fueron consignados á un Consejo de Guerra y Santa Anna que con su opinión autorizada é irresistible la decidió, debía vengar el ultraje inferido al honor nacional por dicha capitulación. Sólo la política es capaz de producir semejantes absurdos é iniquidades.

El presidente Bustamante fué hábil en nombrar á Santa Anna defensor de lo indefendible como lo era Veracruz, después de la ocupación de Ulúa por el contraalmirante Baudin. El general Santa Anna tenía que fracasar y este nuevo golpe acabaría tal vez para siempre con su recién nacida popularidad. El presidente Bustamante sabía que había tenido lugar una reunión de santanistas presidida por el general Tornel y que se había acordado pedirle que renunciase á la presidencia, porque los aplausos de las galerías de la Cámara, al escuchar el nombre de Santa Anna querían decir que sólo á él querían por jefe de la nación.

Aquí llegamos á un punto muy interesante que dilucidar: ¿Era hábil de parte de los santanistas trabajar para que Santa Anna fuese nombrado defensor de una plaza militarmente indefendible y popularmente defendible? Porque en tales condiciones el seguro fracaso tenía que excitar la cólera popular y desprestigiar totalmente á Santa Anna. No creo

que entre los militares santanistas llegare su ignorancia hasta creer que Veracruz con el enemigo en Ulúa, armado de quinientas piezas de grueso calibre y parque en abundancia, fuera defendible. El general Tornel sobre todo era hombre inteligente y de regular instrucción. Es pues inexplicable que un partido político que trata de encumbrar á un ex caudillo bien desprestigiado aun ante el concepto de los mismos que le quemaban incienso, sea capaz de encomendar una obra imposible á *su hombre* en la que forzosamente deba fracasar. Es decir, la nueva popularidad de Santa Anna debía durar como defensor de Veracruz lo que tardase Baudin en arrojarlo vergonzosamente con cien disparos de su potente artillería. En otro país que no hubiera sido México la conducta del partido santanista tenía que ser de una insensatez colosal. Los jefes santanistas que habían acompañado á Santa Anna en sus campañas habían sido los primeros en conocer las mentiras cínicas de *su hombre* y el buen resultado que tenían en la opinión que siempre las aceptaba. Santa Anna era conocido por sus íntimos como un especialista para transformar los desastres en victorias; las escaramuzas en grandes batallas; las torpezas en lecciones de estrategia y de táctica y todos los fracasos en glorias. Conociendo á *su hombre* y á las galerías, el éxito era seguro.

¿Qué podía hacer Baudin una vez reprobada la

capitulación de Ulúa y el convenio relativo á Veracruz? No había de devolver la fortaleza, no tenía tropas de desembarco, por consiguiente lo más que podía hacer era bombardear la ciudad hasta hacerla desocupar por la población y guarnición. La solución heroica por tal conducta de Baudin era sencilla: Santa Anna escogería á los valientes de su fuerza para inmolarlos y presentar sangre mexicana en el combate, ordenándoles que resistiesen el bombardeo hasta morir y él con su cortejo de cobardes saldría de la ciudad donde no le alcanzasen las bombas, y una vez reducido á escombros Veracruz le participaría al gobierno. « Los franceses decidieron desembarcar y asaltar á Veracruz, rechazados y arrojados á la bayoneta. Desocupó la ciudad por haber quedado reducida á escombros y empapada en la sangre de nuestros valientes. » Después todos los habitantes de Veracruz, todos los espectadores extranjeros desde sus barcos de guerra, toda la Francia y todo el mundo podían negar y reírse de la invención del desembarco; la vanidad nacional diría siempre: *niegan nuestro triunfo, es natural; no les conviene confesarlo, llamándose los primeros soldados del orbe*, Santa Anna conocía bien su medio y estaba seguro de sólo fracasar cayendo prisionero y aun así, un jefe puede caer prisionero al momento de consumarse la victoria. Para que Santa Anna no trasformase su derrota en triunfo era pre-

ciso un San Jacinto; ¡ todos muertos ó prisioneros!

Desde el momento en que Santa Anna recibió su nombramiento de comandante general de Veracruz, lo participó al contraalmirante Baudin al mismo tiempo que puso en su conocimiento que habiendo reprobado el gobierno la capitulación quedaba sin efecto el convenio sobre Veracruz.

Después convocó á una junta de guerra en la que sólo él opinó por la defensa de la plaza. Esta junta fué una farsa de Santa Anna como muy bien lo hace notar el Sr. Fernando Iglesias Calderón, porque si el gobierno había ordenado expresamente á Santa Anna que defendiera á Veracruz, á nadie tenía que consultar sobre dicha defensa. Además, era inútil semejante consulta por haber opinado ya los consultados bajo su firma que la plaza era indefendible. Pero Santa Anna lo que quería era deslumbrar á las galerías y que en todo el país se dijera: « Fué el único decidido por salvar nuestro honor á fuerza de sangre heroica ».

El contraalmirante Baudin estuvo á punto de desbaratar los bellos y eficaces planes del partido santanista repitiendo la representación de la tragedia de San Jacinto. Conforme al convenio firmado por Rincón la guarnición de Veracruz no debía ele-

vase á más de mil hombres y esta guarnición era la desmoralizada de Ulúa, con excepción de 500 hombres. Baudin conocía el cuarto considerando del acta de la junta de guerra que dice que por causa del decaimiento notable del espíritu de la guarnición era imposible continuar la defensa; conocía la verdadera historia de Santa Anna no la homérica cuyos únicos creyentes existían entre los mexicanos, conocía la impericia de nuestros militares sobre todo en asuntos de vigilancia, pues él mismo había reconocido la *Gallega* con el agua á la cintura hasta tocar el *glacis* de las fortificaciones de Ulúa sin que nadie lo molestase. Si á esto se agrega su repugnancia por destruir friamente y sin peligro la ciudad de Veracruz por un tremendo bombardeo y su espíritu militar francés entusiasta por los golpes teatrales; se comprenderá la hábil y enérgica resolución que tomó de sorprender á Veracruz, ocupar todos sus fuertes, destruir la artillería, inutilizar toda defensa y al mismo tiempo y de preferencia tomar prisionero á Santa Anna en su alojamiento, con lo cual hubiera acabado el partido de la guerra y México pediría ó aceptaría una paz honrosa y conveniente para ambas naciones.

La versión mexicana más exacta sobre los acontecimientos militares de Veracruz el 5 de Diciembre de 1838, es la del jefe Orta, testigo y actor prin-

cipal en el triste drama que tendrá por desenlace la *repopularización* de Santa Anna.

Habla el señor Orta : « Cuando dirigí al supremo Gobierno de la nación con fecha 10 del último Agosto, una exposición en que le pedía mandase abrir un juicio sobre el vergonzoso suceso del 5 de Diciembre anterior, en la plaza de Veracruz, y me apresuré á darle la publicidad que merecía, más que exigir la recompensa debida á los servicios que entonces presté, mi ánimo fué excitar al ejecutivo á separar de la carrera gloriosa de las armas al cobarde é ignorante general á quien había confiado la defensa de aquel puerto y sus demás lugares comarcanos. Movióme á dar este paso la consideración de que habiéndose presentado una oportunidad para reparar las afrentas sufridas en el campo de San Jacinto, había vuelto á humillarse el pabellón nacional, consolidándose nuestro oprobio en el exterior por la ignominia de aquel día. Pero aún más me estimuló á hablar de aquella manera el ver que cuando lo restante de toda la América y toda la Europa sabían bien la humillación que pesaba sobre nuestras armas, á consecuencia de aquella jornada, la república mexicana era la única que la ignoraba y aun creía que podía ufana presentar al mundo una rama de laurelès, adquirida por prodigios de valor. Así es, que haberla mantenido por más tiempo en la ignorancia de la vergüenza, que le

había traído la impericia y cobardía de uno de sus más acreditados generales, era servir á éste y traicionarle á ella, sin que el silencio pudiese proporcionarla ni aun la más pequeña ventaja (1). »

« Sólo, pues, puede convenir á Santa Anna y sus parciales la ocultación de aquellos hechos y aun más bien desfigurarlos, en términos que les sirvan de apoyo para hacerse de nuevo del poder y continuar devastando la república por asesinatos y latrocinios. De allí es que si es disimulable en ellos trabajar en el sentido indicado, no tienen los demás títulos á la indulgencia nacional si callan pudiendo hablar sobre los verdaderos sucesos á que me refiero y mucho menos todavía si cooperan á sostener las imposturas de aquel malvado en la forma que pretende. Por lo mismo y por cuanto he sido el primero en dar la señal de guerra en este punto, no omitiré aprovecharme de cuantas ocasiones se me presenten para generalizar las especies que toqué en mi ya citada exposición y aclarar y purificar más los hechos que en ella indiqué. Así es que por esta vez voy á encargarme de la refutación del *Manifiesto* que abusando del nombre de la guarnición de Veracruz han publicado algunos oficiales de ella, con fecha 25 del próximo pasado Septiembre, agradeciéndoles yo la ocasión que me han proporcionado

(1) Orta, *Refutación al Manifiesto de la guarnición de Veracruz*. Biblioteca Nacional.

de justificarme de la nota de importuno en que incurría si sin estas *excitativas* hablara al público de mi asunto con la frecuencia que quisiera. »

« Pero antes de entrar en materia, debo hacer observar que acostumbrado Santa Anna á eludir los duros compromisos en que siempre lo han puesto sus indecorosos manejos, ha acudido esta vez al miserable artificio de que escriban á su favor oficiales que él mismo ha agraciado ó que tiene bajo su inmediata dependencia. Los unos no han de haber querido destruir los títulos en que se han fundado sus ascensos, *negando las supuestas glorias del 5 de Diciembre* ni los otros provocar la irascibilidad siempre funesta de S. E. De consiguiente le ha sido bastante fácil conseguir su intento, de los unos y los otros aunque no ha podido ni podrá evitar el fallo imparcial de los hombres pensadores, que naturalmente deben extrañar no se hubiese querido sujetar al juicio purificativo, establecido por las leyes militares, para vindicarse de las acusaciones que le hago. ¿Por qué S. E., si tiene honor y delicadeza, no ha pedido al gobierno que se le juzgue en consejo de guerra de oficiales generales, como debió haberlo hecho desde que tuvo la primera noticia de la exposición que presenté? Porque está íntimamente convencido de que empezando por el parte que ha dado de la indicada jornada, hasta el reembarque de los franceses en el día referido, no hay cosa por la cual no deba ser despedido

con ignominia del servicio de las armas á que es indigno de pertenecer por impostor, por cobarde, por inepto y por hombre sin pudor, sin fe, sin probidad sin honor, bribón, ingrato depredador, sanguinario y tranquilo en el crimen. »

« Mas descendamos ahora á ver lo que hay de verdad en el referido *Manifiesto*. Después de hacer la pluma mercenaria que lo escribió, una ligera reseña del regocijo que se notó en las cámaras y sus galerías y del entusiasmo que hubo en Veracruz, cuando se supo el nombramiento del héroe de San Jacinto para aquella comandancia general, por las importantes ventajas que todos se prometían por entonces proporcionase á la patria, se hace decir á los firmantes: « El general Santa Anna mereció pues, una distinción de las que tanto honran en una república á un ciudadano, y ¡vive Dios! que correspondió debidamente á las esperanzas de sus compatriotas. »

« Véase si es cierto lo que se acaba de decir. Las ordenanzas del ejército hacen responsable á todo oficial de la vigilancia de su tropa en el punto en que la tenga, del exacto cumplimiento de las órdenes particulares de sus jefes, y de las generales que aquéllas explican, como la de tomar en todos los accidentes y ocurrencias que no le estén prevenidas el partido correspondiente á su situación, caso y objeto. Á nada de esto se arregló el general Santa Anna en el día tantas veces mencionado, pues que

en lugar de haber tomado las precauciones señaladas en las ordenanzas para evitar sorpresas, el mismo *Manifiesto* que refuto prueba bastantemente que hizo todo lo contrario, y acrimina más bien que justifica la conducta del héroe que defiende. »

« S. E. llegó á Veracruz el día 4 de Diciembre por la mañana y tomó desde luego posesión del mando militar de aquel departamento, disponiendo que inmediatamente se cerrasen las puertas, porque creyó hacer allí prisionero al príncipe Joinville, á quien suponía que aún se hallaba en la ciudad. Le resultó su cálculo fallido, teniendo la ocasión de conocer que no todos tienen su temeraria imprevisión. Sólo se encontraron en la plaza dos oficiales franceses que al instante se embarcaron, llevando al contraalmirante francés el decreto de declaración de guerra á la Francia por parte del gobierno de la República. Esta circunstancia, unida á la de haberse reprobado los convenios celebrados con el Sr. general Rincón, al verificarse la rendición de la fortaleza de Ulúa, debió haber hecho entender á Santa Anna el riesgo que corría la plaza desde aquel momento, ofendido ya el orgullo del contraalmirante. Debíó, pues, ó abandonarla absolutamente si no la podía defender, ó en caso de quedarse con ella, tener toda la vigilancia recomendada en nuestras leyes militares, y tomar además las providencias que indicaban las circunstancias. Era preciso, por lo mismo, y na-

tural en el segundo extremo, que fué el que adoptó, que cubriese cada baluarte con los hombres necesarios para defenderlos y avisar con sus fuegos la aproximación del enemigo, mantener la vigilancia por rondines, rondas y patrullas, ya sobre las murallas, ya en el mismo muelle, ya á extramuros y en todas direcciones con partidas de caballería, y reservar la fuerza que quedase, después de hacer esta distribución del servicio, para acudir con ella al lugar ó lugares que debieren ser socorridos. Y si para esto no bastaba la guarnición, lo que no podía ser así porque se componía de 700 á 800 hombres, suficientes para las atenciones indicadas, hacer venir á marchas forzadas la división del general Arista que se hallaba en Santa Fe. Pero nada de esto hizo el héroe de San Jacinto, no sé si por ignorancia de lo que debía practicarse en aquellas circunstancias, ó porque su orgullo le hiciese presumir que su presencia sola haría arredrarse al enemigo. Si fué lo segundo, la estupidez de S. E. no tiene igual, porque debía suponer que el mundo todo sabía que los texanos lo derrotaron vergonzosamente con fuerzas inferiores á las suyas, y que lo sorprendieron en medio de la luz del día y á una hora en que sólo á Don Antonio se puede dar una sorpresa en los términos en que entonces se le dió. Mas continuaré mi asunto, de que ya me comenzaba á separar. »

« Santa Anna, como iba yo exponiendo, no dis-

puso cosa alguna de las que exigía su posición, sino que como dice el *Manifiesto*, concentró toda la fuerza en los cuarteles; y sin cuidar de que se vigilase en el muelle, murallas ni extramuros, dejó que la tropa del Sr. Arista pernoctase en Santa Fe, á donde había llegado por la tarde del día 4, pudiendo haberla situado en Veracruz en aquella noche, y reunir toda la gente de las inmediaciones, con todo lo cual le habría sido muy fácil oponer al enemigo una resistencia de 3 á 4000 hombres. »

« Sus defensores pretenden en su *Manifiesto* desvanecer este cargo, haciendo traslucir que S. E. había ordenado que la indicada división se aproximase á los Pozitos; y aun dicen claramente que si esto no se verificó, fué por haberse extraviado la orden en que al general Arista se le hacía semejante prevención. Pero además de las apariencias que hay de haberse inventado este arbitrio, para cubrir la indolencia vergonzosa del general Santa Anna, hay que observar que la situación peligrosa de la plaza demandaba que aquella orden no se expusiese á los extravíos que en tales casos deben precaverse, remitiéndose con oficiales de honor, y por tres, cuatro ó cinco conductos diferentes, lo que nunca se podrá probar que se hizo. Hay más, el general Arista llegó á Veracruz por la tarde del día 4, como llevo dicho: si á él se dirigía la comunicación referida y no la recibió por el extravío que se supone, ¿por qué al